

guiente para el manejo de unas y otras armas: en ofreciéndose alguna guerra de religion, especialmente contra los sarracenos, enemigos del nombre cristiano, se armaban y, formando sus cuerpos de milicia, salian á batirse contra el enemigo. A estos órdenes solo eran admitidos caballeros de buena sangre y saneada conducta. El primero que vemos establecido, es el de los caballeros de San Cosme y San Damian, en Palestina: éstos, por primitivo instituto, solo tuvieron el cuidado de los hospitales que muchas personas piadosas erigieron en Jerusalén y otras ciudades. Se instaló este orden el año de 1030.

En 1067 se fundó otro orden de caballeros de Santa Catarina, en el monte Sinaí, bajo la regla de San Basilio: éstos tenian por objeto cuidar de la seguridad de los caminos, en favor de los peregrinos que iban á visitar el Santo Sepulcro; para cuyo servicio era ya fuerza que estuviesen armados é hiciesen sus expediciones.

En este siglo doce, en que aumentaron su potencia los turcos, se mutiplicaron estas instituciones. En 1104, se fundó el orden de caballeros de San Juan de Jerusalén, que despues se intituló de *Malta*. Este orden abrazó los dos objetos, el de la milicia y el del cuidado de los hospitales: se mantuvo en Palestina todo el tiempo que Jerusalén estuvo en poder de los cristianos; mas cuando Saladino se apoderó de ella, el orden de San Juan se vino á Rodas, donde permaneció hasta el año 1523, en que la isla fué tomada por Solimán. En 1530 el emperador Cárlos V cedió á la orden de San Juan la *Isla de Malta*, que conservaron despues gloriosísimamente contra todo el poder de los turcos, que bajo el imperio de Solimán emprendieron conquistarla en 1565.

En 1118, se instituyó el orden de los caballeros del templo, ó templarios: fué fundado por Balduino, rey de Jerusalén, á fin de que defendiesen á los cristianos que iban en peregrinacion á la Tierra Santa. Se hizo muy célebre por el valor y nobleza de sus caballeros; pero cayendo despues en relajacion, fué extinguido por Clemente V y el concilio de Viena, en 1311. A este orden se refiere la pregunta.

P. Apreciariamos tambien tener noticia de otros órdenes militares establecidos en Europa.

R. Son muchos; y en estos últimos siglos reducidos solo al honor y decoro con que los reyes han distinguido á los caballeros de sus cortes, por lo que solo daremos noticia de los de este siglo, que llenaron todo su objeto.

De esta clase fué el orden militar de Calatrava, instituido por D. Sancho II, rey de Castilla, el cual dió á los caballeros de este orden el castillo de Calatrava en feudo para que le defendiesen de los moros, que, reuniendo poderosas fuerzas, intentaban invadir de nuevo aquel territorio. El gefe de estos caballeros (que realmente fué el fundador del orden) era San Raymundo, abad de Fitero, el cual por consejo de otro monge llamado Diego Velazquez, que habia sido muy esforzado y valiente capitan, tomó sobre sí esta empresa, y Dios lo favoreció tanto, que no solo pudo defender á Calatrava, sino romper en batalla á los moros, atacarlos en sus mismas trincheras, y conquistar muchas ciudades que aquellos tenian ocupadas. Establecióse este orden en 1158.

En Inglaterra tambien instituyó su rey Enrique II, otra orden de caballeros del Santo Sepulcro. En Montpellier se instituyó el de los caballeros de Sancti-Spiritus. De la

religion del Cister, de que fué oriundo el de Calatrava, salieron tambien los de Alcántara, de Cristo, de Montesa, de Montefranco, de Trujillo y otros. Finalmente, en siglos posteriores se instituyeron los órdenes de caballeros del *Toison de Oro*, que solo se da á los grandes príncipes ó personas de sangre real, así como el llamado del *Elefante* en el reino de Dinamarca; el de *San Jorge* en Alemania; el de *San Miguel* en Francia; de *Santiago* en España; de la *Purísima* en la misma, y otros. De esta clase era el que se instituyó en nuestra México en 1822, bajo el título de *Nuestra Señora de Guadalupe*, con distincion de Grandes Cruces y Cruces de segunda y tercera clase.

P. ¿Qué santos resplandecieron en este siglo, y qué órdenes instituyeron algunos de ellos?

R. Los mas célebres fueron, á mas de San Bernardo, San Herico, rey de Suecia y Dinamarca; San Isidro Labrador en España; Santo Tomás Cantauriense, mártir de Inglaterra; San Norberto fundador; San Pedro de Osmá; San Julian de Cuenca; San Juan de Mata, y San Félix de Valois, fundadores, y otros.

P. ¿Qué fundaciones hicieron estos santos y San Norberto obispo?

R. La de San Norberto fué el orden de canónigos regulares premostratenses bajo la regla de San Agustín; y la de los Santos Juan y Félix fué el orden de religiosos de la Santísima Trinidad de Redencion de Cautivos: el mismo fin tiene el que instituyó en el siglo siguiente San Pedro Nolasco bajo el título de *Nuestra Señora de la Merced*; pero se diferencian en sus reglas y forma de su hábito: uno y otro convienen en usar hábito blanco; pero el de

los Trinitarios se distingue por una cruz azul y nácar sobrepuesta al hábito.

Diremos algo acerca del restablecimiento de las ciencias en Europa, y es que ya en este siglo se vieron en mucho auge las universidades de Paris y de Bolonia, en las que estudió con mucho aprovechamiento el gran Lothario, que á fines de este siglo fué elegido papa bajo el nombre de *Inocencio III*, de quien vamos á hablar muy pronto. Resplandeció tambien en este siglo *Pedro Lombardo*, llamado el *Maestro de las Sentencias*, por las de los santos padres que recogió en cuatro libros sobre todas las materias teológicas. Fué de grande importancia esta obra, por el método á que redujo la enseñanza de la Teología Escolástica, causa por que las escuelas comenzaron á servir-se de ella para este objeto.

P. ¿Qué papas ocuparon el trono de San Pedro en el siglo trece?

R. Comenzó este siglo en el pontificado de Inocencio III, que reinó hasta el año 1216, sucediéndole Honorio III, romano; Gregorio IX, italiano; Celestino IV, milanés; Inocencio IV, genovés; Alejandro IV, italiano; Urbano IV, francés; Clemente IV, francés; Gregorio X, italiano; Inocencio V, francés; Adriano V, genovés; Juan XX, portugués; Nicolás III, romano; Martino IV, francés; Honorio IV, romano; Nicolás IV, italiano; San Celestino V, italiano, y Bonifacio VIII, tambien italiano. Honorio habia sido canónigo de San Agustín; Celestino IV y Urbano IV, monges del Cister; Inocencio V, dominico, y Nicolás IV, franciscano.

P. ¿Quiénes de estos pontífices se hicieron mas célebres en sus reinados?

R. A mas del grande Inocencio III, se distinguieron Honorio III, por el celo con que promovió la cruzada y el gran bien que hizo á la Iglesia confirmando las dos célebres religiones de *Santo Domingo* y *San Francisco*, que habia aprobado ya Inocencio III; Gregorio IX, por lo mucho que trabajó por la paz de la Italia, turbada con las facciones de los huelfos y gibelinos, y por la proteccion que prestó á las ciencias y á la redencion de cautivos; Inocencio IV, por la firmeza con que resistió al emperador Federico, y por el celo que tuvo por la conversion de las regiones distantes, á las que envió misioneros: éste concedió á los cardenales el uso del sombrero encarnado. Alejandro IV, por la infatigable sollicitud con que vió por el bien de la Iglesia y la proteccion que prestó á las religiones; Urbano IV, por su literatura y prendas personales y por haber instituido la solemnidad del *Corpus*; Clemente V, por su mucha sabiduría y por el gran desprendimiento de los suyos, al tiempo que fué muy liberal y limosnero con los pobres: éste promovió la cruzada de San Luis, rey de Francia, y trabajó mucho por la union de la Iglesia Griega con la Latina. En esto se distinguió tambien Gregorio X, y en las medidas con que procuró extinguir las facciones de Italia. Inocencio V, por su sabiduría; y San Celestino V, por su gran desprendimiento y singular ejemplo de renunciar la tiara pontificia en obsequio de la humildad y del retiro, silencio y oracion de la vida eremítica que habia profesado y en que logró morir. Bonifacio VIII se hizo célebre por la firmeza con que resistió al rey de Francia para contener sus excesos contra la autoridad pontificia y los sagrados cánones. Este papa concedió á los cardenales el uso de la púrpura, é institu-

yó el gran jubileo de cada cien años; pero ninguno de estos papas igualó al mérito de Inocencio III.

P. Darnos ya alguna noticia de este pontífice.

R. Inocencio III era de la ilustre familia de los Contí: nació hácia el año de 1160, y se llamaba Lothario: pasó sus primeros años en Roma, bajo el amparo de sus ilustres parientes, entre los cuales contaba tres cardenales. La carrera de estudios que hizo fué muy lucida, y ya hemos insinuado que cursó la universidad de Paris y la de Bolonia para perfeccionar sus estudios, especialmente el de la jurisprudencia, de que habia en Bolonia una célebre escuela. Vuelto á Roma, recibió los sagrados órdenes y obtuvo canongía en San Pedro. Fué muy acepto á los papas Lucio III, Gregorio VIII y Clemente III, que era tio suyo: éste le nombró cardenal diácono cuando contaba solo treinta años. Aunque entre los cardenales era el mas jóven, tuvo mucha parte en los negocios de mayor entidad.

A Clemente III habia sucedido Celestino III, y á la muerte de éste, se reunieron los cardenales, y despues de madura reflexion, dieron sus votos á nuestro Lothario. No tenia entonces mas que treinta y siete años; se ordenó de sacerdote á 22 de Febrero, y el dia siguiente fué consagrado en la iglesia de San Pedro, tomando el nombre de Inocencio III.

Luego que dió parte de su eleccion á los reyes y á las iglesias, se dedicó á poner en obra la reforma que habia concebido necesaria, comenzando por su propio palacio, cuyo crecido gasto y lujo de menage, mesa y sirvientes redujo á lo muy necesario. Hecho esto, y dado curso á los negocios atrasados, Inocencio trató de contener el abuso

con que por parte del imperio se habia menoscabado la autoridad temporal del papa en Roma. Para el efecto proveyó á Roma de una administracion muy regularizada de gobierno interior y de justicia, que no representaba mas que la autoridad papal. No bastaba esto, y era menester dar otro golpe fuerte á la soberanía imperial, representada en la persona del prefecto de la ciudad: Inocencio le hizo prestar juramento de no vender ni empeñar, ni dar en feudo, ninguno de los estados encomendados á él, sin la autorizacion del papa, y de dar á éste cuenta de su administracion en todo tiempo, y de dejar el cargo de prefecto á la primera orden del pontífice, si éste tenia á bien disponerlo así. Continuando Inocencio en la restauracion de la autoridad pontificia, se hizo prestar juramento de vassallage por los principales Barones que se hallaban en su corte, y proveyó de su mano la vacante de un senador.

Arreglado así todo en la corte de Roma, Inocencio emprendió el restablecimiento de la autoridad papal en la marca de Ancona y la Romanía. Con la misma firmeza se sostuvo contra el duque de Espoleto, haciéndole restituir todo lo que habia usurpado al patrimonio de San Pedro. De semejante manera sacudieron el yugo de la dominacion alemana una parte de la Toscana, el Condado de Benevento y el Principado de Capua.

Muy pronto el papa tuvo que ocuparse en negocios muy árdulos de las grandes potencias. Fijando su vista sobre España, trató de llamar al orden y hacerse obedecer de sus monarcas, que escandalizaban á la Iglesia con sus excesos. Alfonso, rey de Leon, se habia casado con Berenguela, su parienta muy cercana: Inocencio le envió á Reinero para hacerle renunciar á este enlace nulo, con ór-

den de excomulgarle si no obedecia. Don Sancho, rey de Navarra, habia contraido alianza con los moros; Inocencio ordenó al mismo Reinero que le intimase romper aquella alianza, y si lo resistia, pusiese entredicho en su reino. Don Sancho, rey de Castilla, habia negado á la Santa Sede lo que le debia, y Reinero llevaba encargo de reclamar el pago. Este legado debia ademas arreglar una multitud de negocios particulares de las iglesias y conventos, sobre los que el papa le habia dado instrucciones.

En Francia habia pendiente el caso del escandaloso divorcio de Felipe Augusto é Ingeburga de Dinamarca; Inocencio se dedicó á poner término á este escándalo, insinuando al rey, que de no hacerlo así, se veria en la sensible precision de levantar fuertemente contra él la mano apostólica, debiendo tener entendido que la dignidad real no le hacia superior á los deberes de cristiano.

En la Noruega, las disensiones de la guerra civil tenian como desconocida la autoridad del papa. El rey habia usurpado los derechos de la Iglesia, y los esfuerzos y anatemas de Celestino III no habian logrado reducirlo. Inocencio le hizo sentir mas el peso de la autoridad pontificia: le amenazó con entredicho general, y mandó al clero que adoptase medidas eficaces con que fuese obedecido. La misma severidad mostró el papa en Islandia, Ungría y Sérvia, y no fueron vanos sus esfuerzos, sintiéndose en todas partes el buen efecto que hacia la vigilancia y sostenimiento de un papa sábio y celoso. En el Oriente con especialidad trabajó por un doble objeto de suma importancia en cualquiera de sus extremos, la union de la Iglesia griega á la latina, y la cruzada contra los sarracenos; pero donde se le esperaba una lid larga y recia era

en Alemania. El imperio se hallaba ocupado en la elección del emperador, y los electores estaban divididos, habiendo sufragado el mayor número por Felipe, duque de Suavia, y el menor por Oton, hijo segundo de Enrique y sobrino de Ricardo, rey de Inglaterra. El papa, despues de haber dado tiempo á Felipe de Suavia para que entrase en órden, (lo que no hizo) se declaró por Oton, esponiendo en las letras pontificias las razones que habian formado su opinion y decidido su voluntad. Felipe de Suavia y su partido no se rindieron, y aun apelaron á las armas, y alcanzando con ellas victorias señaladas, llegó á coronarse emperador y reconciliarse con la santa Sede; pero su temprana muerte abrió el paso á Oton, que fué proclamado rey, y coronado emperador por el papa en 1209.

El genio activo, vigilante y decidido de Inocencio no se limitaba á un solo reino. La emperatriz Constanza habia puesto bajo su tutela á Federico su hijo, á quien debia pertenecer el reino de Sicilia, que la emperatriz tenia en feudo, pero que habia ocupado el impío Markwaldo, quien despues de haber hecho armas contra la Iglesia, se habia aliado con los sarracenos y entregado á su brutalidad unos prisioneros cristianos. El papa trató de contener sus escesos; sostuvo á la parte sana que le hacia la guerra, y conservó á su huérfano real aquel reino.

Entre tanto el papa no perdía de vista á Felipe Augusto, rey de Francia. Este monarca, apasionado ciegamente de Inés de Merania, se mostraba mas obstinado que nunca en el escandaloso divorcio de su muger legítima. Fué preciso poner en ejecucion las amenazas: el cardenal legado se preparó á cumplir las órdenes de Roma; reunió un concilio en Viena, y en él se pronunció el entredicho

á todo el reino de Francia. Esta medida terrible la cubrió de luto: la consternacion fué general, pero el resultado feliz, porque confundido Felipe, no pudo ya burlarse de las decisiones de la Iglesia, y se sometió al papa, separando de sí á la concubina, llamando á su legítima muger, y pidiendo se alzase el entredicho y se le absolviese de la excomunion.

En tiempo de este papa tuvo su verificativo la cruzada de Oriente, de que hemos hablado antes. A sus esfuerzos y solicitudes se debió el que los príncipes cristianos se prestasen á ella y la formasen; pero desaprobó la empresa de Constantinopla, y los reprendió gravemente porque no seguian la de Jerusalem, que era á lo que habian ido. Tuvo tambien este papa mucha parte en el gran golpe que recibieron los moros en España en 1212 por las armas unidas de los reyes de Castilla, de Navarra y de Aragon; pues no solo concedió á los que militasen en esta guerra todas las gracias é indulgencias que se concedian á las cruzadas, sino que hizo devotas y solemnes procesiones en Roma, concurriendo á ellas con los piés descalzos, y ordenó que se hiciesen semejantes plegarias y procesiones de penitencia en todos los pueblos y ciudades, exhortando á los que se hallasen aptos para la guerra, á que concurriesen á esta que tanto interesaba á la cristiandad.

No fueron vanos los esfuerzos del papa: de todas partes se reunian príncipes y grandes señores que con mucha gente de á pié y de á caballo se pusieron en marcha para el ejército del rey de Castilla, quien no se descuidó en prevenir los alojamientos necesarios y los bastimentos y provisiones para su propio ejército y el que le venia de las naciones extrangeras, que ascendió al número de 12000

caballos y 50000 infantes. Eran menos numerosos los de Castilla, Navarra y Aragon; pero mas aguerridos y hechos á pelear con los moros.

Aproximándose las fuerzas de éstos, que eran numerosísimas y de gente africana en la mayor parte, al mando del Miramamolín Mahomad, Alfonso señaló por punto de reunion la ciudad de Toledo, á donde llegó el rey de Aragon con 20000 infantes y 3000 caballos. Abrióse la campaña invadiendo los cristianos las tierras de los moros, y conquistando al paso varios pueblos. Al quinto dia embistieron el fuerte castillo de Calatrava, que estaba bien guarnecido de moros, y le tomaron por asalto: luego se apoderaron de Alarcos, donde se les reunió el rey de Navarra con buen número de gente; si bien en este punto quedó el ejército cristiano muy disminuido, pues volviéndose las tropas extranjeras por haberse desavenido, quedó reducido á las de Castilla, Aragon y Navarra y un trozo que había enviado el rey de Portugal. No por eso perdió el ánimo el rey de Castilla, y continuó su marcha tomando á viva fuerza las torres y castillos de los moros. Ofrecióseles la dificultad de los desfiladeros y escarpadas alturas que tenian que pasar para encontrar al ejército mahometano; pero vencióse esta dificultad que parecia insuperable, yendo por delante los mas animosos, y siguiéndoles en pequeñas porciones el resto del ejército. Ganada la cima, puso la vanguardia en fuga á los moros que tenian las alturas y ocupó la llanura conocida con el nombre de Navas de Tolosa. Reunido por fin todo el ejército y dádole el descanso conveniente en dos dias, que se emplearon en purificar las conciencias y preparar las armas, llegó por fin el de la batalla. Al des-

puntar el dia, que fué un lunes 16 de Julio, el rey Alfonso, como generalísimo, formó el frente de batalla repartiendo sus alas á los reyes de Navarra y de Aragon, colocando en los puestos mas peligrosos á los capitanes mas experimentados y aguerridos, y ocupando él el centro. Los obispos y eclesiásticos que iban en gran número, andaban de compañía en compañía alentando á los soldados y fortaleciéndolos con palabras animadas del espíritu de la religion. El rey moro por su parte formó su gente en cuadros y llamó cerca de su persona á los moros mas nobles y esforzados.

Dióse al fin la señal, alzóse el grito de batalla por una y otra parte, y se embistieron uno y otro ejército con gran valor y esfuerzo. Tres veces cargaron los cristianos sobre el enemigo con grande ímpetu sin que pudiesen romper sus escuadrones á pesar del estrago que hacian en ellos; antes bien parecia que se inclinaba la victoria á la parte de los moros, porque se observaba desconcierto y flaqueza en los escuadrones de los cristianos. En este punto el rey Alfonso quiso arrojarse á lo mas recio del combate, diciendo al arzobispo de Toledo: *Ea, arzobispo, muramos aquí todos*; el arzobispo le contuvo, haciendo que confiase en Dios; y no fué en vano, pues á este tiempo avanzó sobre el moro el cuerpo de reserva del ejército cristiano y cargó sobre él con tanta furia, que rompió el frente, restableciendo con esto la pelea y dando tiempo y ejemplo al resto de las tropas cristianas, que cerraron de nuevo con los moros hasta hacerlos flaquear y desordenarse por todas partes. Entonces la batalla se convirtió en matanza: puestos en fuga los moros, siguió su alcance

el ejército vencedor, hasta no dejar casi uno con vida. El rey, que huyó al principio de la derrota, ganó tal delantera; que se salvó con solo cuatro ginetes: doscientos mil moros quedaron en el campo de batalla, y siendo estas fuerzas lo mas escogido de sus guerreros, fué para ellos un golpe mortal que abatió su potencia en esta parte, y preparó nuevos triunfos á los españoles.

Como en esta accion sucedió el caso portentoso de que el canónigo de Toledo que llevaba la cruz del arzobispo entrase muchas veces por medio de los escuadrones enemigos, sin que estos pudiesen quitarle la cruz, ni él recibiese herida alguna de los muchos dardos y flechas que le disparaban, se dió á esta victoria el nombre de Triunfo de la Santa Cruz; mucho mas habiéndose ganado á un enemigo que con especialidad habia blasfemado del misterio de la cruz y de esta sagrada insignia. El papa Inocencio recibió la noticia de esta victoria con gran júbilo, y decretó solemne accion de gracias en toda la cristiandad.

P. ¿A qué empresa atendió el papa Inocencio en vista de las grandes fuerzas que cobraban y reunian los hereges albigenses?

R. A la de una cruzada de los príncipes católicos contra estos enemigos de la fé, que amagaban gran ruina al catolicismo. Al mismo tiempo disponia la reunion de un concilio general en Roma: fué el 4.º Lateranense: concurrieron á él los patriarcas de Constantinopla y de Jerusalem, setenta y un arzobispos, cuatrocientos diez y seis obispos, y mas de ochocientos abades. Asistió tambien Santo Domingo de Guzman, fundador del orden de predicadores, que llevaba largo tiempo de predicar contra los albigenses.

Este concilio se abrió el dia de San Martin, y se cerró el de San Andrés: sus actas constan de setenta y dos capítulos: en él se condenó de nuevo á todos los heresiarcas con todas las doctrinas erróneas que habian enseñado, y en particular ó como cosa reciente, se condenó á los albigenses y valdenses, y se dió el símbolo de la fé, reconocida en todo tiempo por la Iglesia: se definió la autoridad de los obispos sobre los canónigos: se redujo el impedimento del matrimonio que procede de parentesco á los cuatro primeros grados, excluyendo los tres restantes que antes impedian finalmente, se dictaron muchos cánones para el arreglo de la moral y para declarar algunos derechos de las órdenes religiosas.

Como uno de los objetos mas interesantes del concilio habia sido procurar allanar las dificultades que habian sufrido las cruzadas, y para ello dictar lo conveniente para una paz general entre todos los príncipes cristianos, Inocencio se dedicó mas que nunca á procurar esta paz universal, dirimiendo las diferencias que se oponian á su logro. Para arreglar uno de estos casos, Inocencio se puso en camino para Pisa; mas al llegar á Perosa, fué acometido de una fiebre que al pronto no se creyó de peligro, pero que luego desarrolló, y acabó con su existencia el 16 de Julio de 1216, cuando solo contaba de edad cincuenta y seis años, y de pontificado diez y ocho y medio. Inocencio era de mediana estatura, sus facciones agraciadas, y la brillantez de sus ojos parecia que reflejaba la viveza y candor de su alma. Su complexion era delicada y propensa á graves enfermedades; mas no las atendia y se dedicaba al trabajo con una actividad imponderable. Era de gran penetracion y de una memoria felicísima. Est.